

JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO, JESÚS UREÑA BRACERO, GUADALUPE NIETO CABALLERO y ANA ALICIA MANSO FLORES: *Timoteo Pérez Rubio. Poeta-pintor en Brasil: soledad, amor y melancolía*. Badajoz: Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo-Universidad de Extremadura, 2021, 323 páginas. ISBN: 978-84-9127-100-0.

Durante casi seis meses, hasta abril de 2022, investigadores, interesados, curiosos y público en general han podido disfrutar de una excelente exposición celebrada en el MEIAC de Badajoz en torno a uno de los valores más señeros de la pintura y las Bellas Artes extremeñas a lo largo del siglo XX como fue Timoteo Pérez Rubio. Lo más llamativo de esta muestra (que no es la primera que se ha dedicado al autor de Oliva de la Frontera, un valor constantemente reivindicable desde el Museo) ha sido descubrir al gran público una dimensión prácticamente nueva, y por ello sumamente atractiva, del gran autor: su condición de poeta. Buen testimonio de lo que fue, los que no tuvieron ocasión de disfrutarla pueden hacerlo con el brillante libro-catálogo de esta, que es el objeto de atención de estas líneas.

La génesis del proyecto fue el especial interés que el recordado director del MEIAC, Antonio Franco, tuvo al poner en manos de los investigadores el interesantísimo fondo documental de manuscritos y mecanoscritos de Timoteo Pérez Rubio, propiedad de dicho Museo, y que contiene un total de 280 textos de creación literaria, poemas y textos en prosa, y 33 cartas y documentos de su archivo personal, completados con 161 fotografías, 15 textos de prensa y 22 dibujos, según se revela. A estos fondos del MEIAC se sumó también una desconocida documentación, descubierta fundamentalmente en Brasil, en la Fundación Cultural y Filantrópica «Léa Pentagna», de Valença. Con estos valiosos materiales un equipo interdisciplinar, integrado por José Luis Bernal Salgado, Jesús Ureña Bracero, Guadalupe Nieto Caballero y Ana Alicia Manso Flores, componentes del Proyecto de Investigación «El fondo literario de Timoteo Pérez Rubio» (Laboratorio Edición Digital de la UEX), perteneciente al Plan Regional de Investigación de la Junta de Extremadura, tras cuatro años de trabajo, ha dejado este resultado que ha sido la exposición y el documento que la registra, posibles gracias a la interacción entre la Universidad de Extremadura, la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes

de la Junta de Extremadura y el propio Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo.

Si un nombre como el de Timoteo Pérez Rubio ya concita la atención de todo aquel interesado en la pintura y las Bellas Artes, que se rescate ahora su novedosa condición de poeta (y bien puesta de relieve desde el mismo título de la exposición y el catálogo) no puede más que provocar una inusitada emoción. No conviene ahora ni insistir en la valía de su pintura (por lo demás, ya suficientemente enaltecida), ni siquiera en la deuda que el patrimonio cultural español tiene con el pintor extremeño, salvador todavía poco recordado –primero en la subdirección del Museo Español de Arte Moderno y, ya en la contienda, como presidente de la Junta para la Defensa del Tesoro Artístico Nacional– de buena parte de las colecciones artísticas del Museo del Prado y otras importantes instituciones madrileñas durante los años más duros de la guerra civil española, porque a tales verdades se alude suficientemente ya en la muestra. Lo que sí constituye una relativa sorpresa es la relevancia que se concede a esta, hasta ahora, poco conocida condición de poeta y escritor del mencionado artista.

Digo más, y desde mi perspectiva, ni qué decir tiene que el interés fundamental de este libro-catálogo recae, no solo, por un lado, en la selección de textos poéticos que del pintor de Oliva de la Frontera se lleva a cabo, sino también en el estudio preliminar del mismo, en el cual se sostiene una curiosa premisa que trata de conferirles unidad a los poemas seleccionados: la indisoluble asociación de lo que escribe Timoteo con lo que pinta durante la etapa de su exilio en Brasil, adonde había llegado, acompañado de su mujer y de su hijo Carlos, el 4 de mayo de 1940.

Cita el estudio que ya hubo indicios de esa labor como poeta, no excesivamente abundante ni continuada como para considerarla una segunda faceta, pero tampoco carente de preocupaciones e interés para el propio autor como para reducirla a un simple pasatiempo lúdico. Y ponen de relieve cierta ambigüedad en la consideración que su propia mujer, Rosa Chacel, tuvo del asunto, no mostrándose de ninguna manera favorable, todo lo más, condescendiente con esta veta: para Rosa (que vivía ya separada de él desde hacía un tiempo), la razón de esta insólita dedicación provenía, fundamentalmente, de una crisis pictórica, no por-

que abandonara la pintura (Timo se había ganado una entusiasta consideración como retratista del cuerpo diplomático acreditado en Brasil y, posteriormente, de las clases pudientes brasileñas) sino por considerarse estancado en esta faceta. Con todo, la línea que siguen los investigadores conduce a que claramente Chacel deducía, pero prefería velar de Timo «otros juegos humanos, presencias, contactos, accidentes del vivir, [que] le exigían ser contados, hablados, dichos, y no en la silenciosa pintura, sino en la más factible técnica de la palabra». Carece de sentido no adelantar ya que, quien se adentre temáticamente en sus poemas descubrirá ese intento de expresión lírica de sus contradicciones y anhelos como el asunto predominante a lo largo y ancho de su producción.

Fue al albur de su intensa relación con los hermanos Pentagna, Vito y Léa, donde Timo (al parecer sobre todo por la «influencia» de ella) fue desvelando su condición de poeta en silencio. Para su plasmación mucho tuvo que ver, seguramente, Vito. De vida breve (Piracicaba, 1914 - Valença, 1958), publicó dos libros de los que se tenga constancia: *Três momentos de poesia*, en 1939, y *Poemas*, reunión de sus últimos escritos promovida por los amigos y familiares, que no aparece hasta 1978. Algunos críticos han puesto de relieve que sus poemas denotan un profundo conocimiento de la condición humana, que en ellos afloran las sensibilidades de lo cotidiano y, al mismo tiempo, se hacen eco del altruismo que siempre le caracterizó como persona. Probablemente este «tipo también grandón, alto, más gordo de lo permitido, vistoso, arrollador de vitalidad y alegría», como lo recuerda Rosa Chacel, un poeta, si poco conocido, nada desdeñable, aviva la posibilidad de que Timoteo, de primera mano, pudiera haber contado con un cercano referente con el que medir sus aspiraciones poéticas. Algunos de los poemas que de Pentagna circulan por la Red (único modo de acceder a su obra por cuanto no me consta edición ninguna de sus obras en España) recuerdan en el tono algunos de los temas que nuestro Timo desarrolla en los suyos y si bien son evidentes las superioridades del brasileño (profesional al fin) los ecos subyacentes en los intentos del pintor revelan una proximidad palpable.

Pero si la propia esposa no contemporizó mucho con la idea, pronto Timo encontraría en alguien más versado tal vez el definitivo empujón: Juan Gil-Albert. En carta aquí recogida, el poeta valenciano le confiesa «que al leerte tuve la impresión de encontrarme con un poeta; todo en ti es profundo y se expresa noblemente; tengo que releer los poemas para

poder precisar respecto a la forma; por ejemplo, dentro del verso libre me parece advertir la presencia de la rima no del todo consecuente y no sé bien si eso está logrado voluntariamente o no –rimas asonantes más bien–; eso debieras estudiarlo. Perdona este toque pedagógico y atribúyelo a mis canas poéticas». Y, tras esos consejos, aún le reprocha: «Felicitó a Vito por si tiene algo que ver en el exaltado canto a la amistad. Pero no me felicito tanto por no haber merecido de ti en mi estancia entre vosotros el que se me revelara un secreto que tan de cerca podía tocarme. Por lo demás comprendo perfectamente todo lo que podía pasar por ti».

Sobre estas bases, y dentro de este magnífico catálogo que resume la exposición, los investigadores construyen un enjundioso estudio que, tal vez, hubiera merecido más desarrollo en comparación con el resto de los elementos aquí recogidos. Ni que decir tiene que lo que más pueda interesarnos es la parte expresamente titulada «La poesía de Timoteo Pérez Rubio» y las conclusiones obtenidas. Del mismo modo interesan también otros textos desconocidos (aunque ya no de talante poético, breves ensayos, en los que Pérez Rubio comenta, con claridad diáfana, su idea sobre el arte). Pero *Soledades, Paraísos perdidos y Poemas de amor*, la obra en sí que aquí se recupera y edita, constituye el basamento de esta investigación claramente orientada a presentarnos al pintor no sólo como tal, sino también como poeta y así ofrecernos la dimensión más completa que sobre él haya podido establecerse hasta ahora. Dicho de otra manera, podría haberse aprovechado la ocasión para establecer una definitiva edición crítica de la poesía del pintor Timoteo Pérez Rubio.

Otra cosa es que, salvo el interés –que va mucho más allá de lo meramente anecdótico– que tiene descubrir y disponer de una faceta nueva en un autor tan seductor como Pérez Rubio, reconozcamos que, salvo en casos muy excepcionales, su labor como poeta no alcanza más allá que unas cotas, como mucho, saludables y hondamente humanas, pero, desgraciadamente, exentas de calidad fuera de toda duda.

No nos engañemos; pese a sus importantes modelos y valedores, pese al cariño e interés con que acometamos todo descubrimiento, sobre todo de alguien tan significativo que revela una faceta hasta ahora prácticamente desconocida, la conclusión no puede ser nunca que estemos ante un gran poeta. Nadie más que nosotros lamentará el hecho de no poder bautizar un nuevo nombre que añadir al denso panorama de la

poesía española, ni de otorgar a Timoteo la excelencia de brillar en otro campo aparte de los muchos en que por fuerza tiene que ser reconocido, pero en honor a la verdad jamás debe cegarnos nuestra entrega a un personaje que, en principio, siempre se nos ha hecho simpático y accesible y atribuirle cualidades de las que no goza. Ahora bien, merecía la pena enfrentarse a los textos conservados de Timoteo y, sobre ello, fantasear acerca de lo que hubiera podido ocurrir si esta «desviación» (como Rosa la denominaba) se hubiera ido concretando en una serie de frutos más acabados, más perfectos que, sin dudar, le hubieran «obligado» a encarar con más seriedad esta nueva faceta de su vena artística. Como él mismo confesaba en una de las cartas aquí recogidas, no era ese su especial interés. Eso sí; en el saldo a su favor siempre quedará, como se insiste en varias ocasiones a lo largo del estudio, el hecho fehaciente de sus textos conservados, plagados de enmiendas y tachaduras, que revelan palmaria-riamente que Timo quiso, en serio, ser poeta; y que lo intentó (está claro que lo intentó) escribiendo y tachando y volviendo a escribir, leyendo a los grandes, preguntando a los profesionales, y emulándose con ellos.

Enrique GARCÍA FUENTES

*IES Castelar* (Badajoz)

egarciafuentes@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-3772-7313>